

**RACIONALISMO Y TRADICIONALISMO EN EL  
RÍO DE LA PLATA  
GUSTAVO MINELLI – JOSÉ MANUEL ESTRADA**

***Gustavo Minelli en Buenos Aires***

No es posible establecer con certeza la fecha de llegada a Buenos Aires de Gustavo Minelli, de origen italiano, procedente de la región de Véneto. Tampoco se sabe la causa que lo encaminara a este puerto, aunque se supone que se debe a circunstancias políticas. Aquí logra ingresar y ser considerado un emigrado por razones políticas y es probable que así fuera, ya que las ideas que sustenta tienen un franco carácter liberal y una adhesión a todas las corrientes del pensamiento que entonces comenzaban a tener alguna consideración en diversos países de Europa. Es también un manifiesto sostenedor de la unidad italiana y un declarado opositor a la Iglesia además de manifestarse, en el menor de los casos, como escéptico sin rodeos.

Es un hombre joven, si bien también en esta materia no disponemos de datos ciertos; es probable, por indicios, que no superara los treinta años, seguramente algo menos. La prensa le suele otorgar el título de doctor y, en ocasiones, de profesor. Por lo que conocemos, como se verá a lo largo de este trabajo, dispone de una cierta cultura, no muy sólida y, probablemente, con conocimientos muy dispersos hecho más bien de lecturas que de estudios orgánicos y sistemáticos. Su estilo no es exactamente profesoral y no demuestra un oficio en materia de exposiciones y de argumentación. Quizás su audacia sea mayor que su saber. Como muchos de los que dicen pertenecer a las nuevas corrientes del pensamiento, posee una forma expositiva algo retórica, llena de afirmaciones a las que no acompaña un nutrido cuerpo doctrinario y una argumentación convincente. Tiene, sin embargo, el vigor y el calor de quien se siente adalid de nuevas ideas.

No se sabe la razón por la cual ha elegido para su nuevo destino las riberas del Plata, pero no constituye un despropósito considerar que debe haber influido en su decisión, la circunstancia de ser Buenos Aires una reconocida plaza que contaba con una abundante colonia de residentes italianos. Ello debió hacerle pensar en una acogida favorable, ya que venía sin disponer de apoyos ni de recomendaciones que facilitasen su instalación.

El joven doctor Minelli debió encontrarse algo desamparado en la ciudad porteña, desvalido y, probablemente, sin recursos para atender sus necesidades. Un diario que no ha de serle muy favorable hará alusión a los movimientos excesivos que realiza y no sin cierto sentido de sorna, comenta: "bastante bulla ha tenido que meter aquí para procurarse hasta lo más necesario para la existencia".<sup>1</sup> La tal bulla debe haber sido el conjunto de trabajos que realiza en esos primeros meses, incluido el curso para el cual se propone, trabajos a los cuales, probablemente, ha sido impulsado por perentorias exigencias de la subsistencia. Con posterioridad a la finalización del curso, Minelli no ha de dar lugar a que su nombre sea centro de controversia ni su persona adalid de sucesos estridentes y, por el contrario, ha de guardar una cierta prudencia, un relieve discreto, al menos mientras permanece en la ciudad que ha elegido para su residencia.

Dos parecen ser los primeros contactos que mantiene el doctor Minelli, siendo el primero con las sociedades constituidas por italianos, con las cuales hay indicios de una relación accidentada y, luego, con el periodismo, en especial el que redactan los elementos más jóvenes instalados en el diario *La Tribuna* y *El Nacional* y con los cuales simpatiza por el conjunto de ideas que sostiene y que aquellos apoyan. En la bulla a que antes hacíamos mención, referencia tomada de *La Nación Argentina*, no es ajena la publicidad que obtiene en las páginas de aquellos diarios el curso que dicta Minelli y las colaboraciones que publica con destino a la colonia de italianos residentes en la ciudad.

1. *La Nación Argentina*, Buenos Aires, 12 y 13 de noviembre de 1862.

### ***La Universidad patrocina un curso de Historia Universal***

Para el mes de enero de 1862 el rector de la Universidad, el doctor Juan María Gutiérrez, lleva unos pocos meses al frente de la Universidad y se halla empeñado en consolidarla, enriquecer su biblioteca, acrecentar sus instalaciones y mejorar los cursos. No es, sin embargo, el rector quien solicita a Minelli el desarrollo del curso, sino que es este emigrado quien le pide a Gutiérrez le ofrezca la oportunidad de dictarlo y con sinceridad así lo reconoce en las primeras palabras que pronuncia en el curso de apertura. Gutiérrez concede esa posibilidad y el emigrado se apresta en el término de pocos días a desarrollar su propuesta.

La época no es la más apropiada, ya que es un período de receso por vacaciones y coincide con el mes de mayor calor en la ciudad. Nada parece inquietar a Minelli, quien se dispone a dictar su curso en el mes de enero de 1862. Según su propuesta el mismo se denominará *Curso de Historia Universal*. El anuncio del curso encuentra acogida favorable en las páginas de los diarios de mayor circulación. *El Nacional*, siempre sensible a las cuestiones culturales, le ofrece cordial acogida a Minelli y lo hace por la razón de que el visitante es "partidario en el suyo de la causa de la libertad, de la unificación de la Italia y de la radicación de las instituciones liberales".<sup>2</sup> El diario considera que debe abrirse una cátedra de esa naturaleza y es oportuno el servicio que ha de prestar el visitante, razón por la cual invita a servirse de su talento, en especial, según argumenta, "a favor de la juventud religiosa".<sup>3</sup> No menos generosa se muestra *La Tribuna* que no duda en recomendar a los "estudiantes de la Universidad, una asistencia asidua y constante al curso de historia, de tanta utilidad e importancia para el hombre amigo de la ciencia y que ha de llegar un día a los puestos públicos, a influir en la política, a dirigir los negocios de Estado".<sup>4</sup>

Lo cierto es que la Universidad, cuya vida muy lánguida se desarrolla sin relación con las manifestaciones de la cultura y re-

2. *El Nacional*, Buenos Aires, 16 de enero de 1862.

3. *Ibidem*.

4. *La Tribuna*, Buenos Aires, 28 de enero de 1862.

ducida casi exclusivamente al servicio de los cursos, encuentra en la propuesta de Gustavo Minelli la oportunidad de ofrecer una variante de interés para el reducido número de los estudiantes de derecho y de medicina que cursan en sus aulas. El patrocinio que el rector Gutiérrez ofrece al expositor es seguramente sin posibilidad de remuneración, ya que no existía dicha cátedra en el presupuesto universitario, pero el visitante sabe agradecer el gesto, pues tiene plena conciencia de la resonancia que le ofrece la cátedra y las relaciones que ella le puede reportar.

### *La clase inaugural*

Es probable que muy pocas personas fueran las que, a través del encuentro y el diálogo, se hallaran en condiciones de avalar el saber del doctor Gustavo Minelli y por ello parece muy generoso, si no aventurado, el patrocinio ofrecido por la Universidad. Ni los impresos públicos, ni la correspondencia privada en que Minelli aparece vinculado, ofrece referencias sobre su personalidad. Pero, aunque fuera ella altamente favorable, lo cierto es que el saber real del visitante podría medirse a partir del comienzo del curso, situación que no desconoce el expositor ya que sabe que allí se juega buena parte de su futuro en las riberas del Plata. “Joven extranjero y oscuro –comenzará diciendo– dispóngome a tratar de una materia ardua y sublime de la historia”. Dice no abrigar en su alma orgullo alguno, pero tampoco sentirse aterrado y medroso, al paso que confiesa “me ofrecí yo mismo, a pesar de conocer lo poco que valgo” y agrega, cosa que poco lo favorece y muestra la ligereza con que enfrenta tema tan vasto, que “el hombre que profesa la historia, no necesita poseer ni un alto ingenio ni una profunda ciencia”.<sup>5</sup>

Esa despreciativa actitud hacia el historiador va pareja con un descuido injustificable, ya que anuncia su curso como de Historia Universal, pero el orador, al iniciar su exposición, manifiesta que se propone presentar “en pocas páginas la filosofía de la historia a los que no pueden consagrar toda su vida al profundo

5. MINELLI, GUSTAVO, *Curso de Historia Universal*. Discurso preliminar pronunciado por el profesor G. M. en la Universidad de Buenos Aires el 27 de enero de 1862. Imprenta *La Tribuna*, Buenos Aires, 1862, 42 pp.

estudio de la misma". Tampoco Minelli, por lo que de inmediato se verá, le ha consagrado ni muchos años ni largos estudios.

Para Minelli la historia pasa por etapas, grandes ciclos, partiendo de un período que no define y que denomina "fabuloso", para prolongarse en otro llamado "mitológico" y llegar así a la etapa que identifica como "heroica" y corresponde al período griego; le suceden la del Imperio Romano y la Edad Media y, al desaparecer esta, se ingresa en la etapa de la "historia universal, popular, enciclopédica". La cuestión de fondo, los temas que han de ocasionar cuestionamiento, no se encuentran en esa clasificación, poco rigurosa de la historia universal, sino en los fundamentos en que se basa y los juicios que emite al analizar cada etapa, que muestran, de un modo indudable, lo endeble de su argumentación y la escuela a que adhiere, la corriente filosófica que subyace en su pensamiento.

Hay que distinguir, por tanto, en la exposición de Minelli, dos aspectos. El primero, lo que podrían ser considerados errores de información e interpretación histórica y, segundo, errores de tipo filosófico y teológico. Estos dos últimos aspectos no son los que más preocupan al orador, que al respecto se manifiesta, en términos generales, como un racionalista desdeñoso de cualquier fundamento religioso, y más que ello, con una indudable animosidad hacia tales actitudes.

Para Minelli, el punto de partida de la historia, el hombre, sólo se diferencia del animal en que posee habla y memoria y en ello radica su visión antropológica. Siendo así, no es extraño que el origen del hombre aparezca en una etapa que denomina fabulosa. "Los primeros hombres que fueron arrojados sobre la superficie de la tierra..." —dice Minelli— como si no tuvieran origen ni creador alguno y eludiendo referirse a esa cuestión de un modo preciso. La existencia de un Dios, este racionalista la explica diciendo que los hombres, atemorizados, sintieron necesidad de tener una creencia y de ahí que crearon un Ser Supremo, un Dios. Según la interpretación de Minelli, de allí nacerá el politeísmo, que con el correr del tiempo desembocará en el panteísmo, para dar, finalmente, el "paso gigante hecho en el camino de la verdad", con el racionalismo. Ello no le impide afirmar que cuando "aparecieron y se esparcieron por el mundo esos dos libros divinos", la Biblia y el Evangelio, por su influencia volvió la paz, la razón y la dignidad del hombre.

Las inexactitudes de bulto y de detalle, las interpretaciones sin base, los juicios arbitrarios, genéricos y sin fundamentos conforman un conjunto tal que se hace difícil señalar cada elemento. Para el expositor el Imperio Romano es sólo la manifestación de la fuerza y así como Roma destruye Grecia, el cristianismo destruye al Imperio, por obra de la proclamación "de las divinas doctrinas de libertad, fraternidad e igualdad". Pero, si ello es poco, como astucia explicativa, véase esta muestra de su pensamiento: "El pobre pescador se hizo rey y el más poderoso del universo; los sacerdotes de Cristo se mudaron en ministros de la tiranía; el evangelio se convirtió en áuleo, la cruz se trocó en espada y de la teocracia salió el feudalismo y la intolerancia. Entonces la historia de la Edad Media se hizo historia eclesiástica".<sup>6</sup> Minelli carece de rigor histórico a la vez que posee una deficiente información, lo que no le impide lanzar, con cierto desparpajo irresponsable, juicios temerarios en torno a los procesos históricos, la filosofía y la teología. En ocasiones, por debajo de tales debilidades, el orador muestra cierta sorna velada y alguna pizca de ironía sobre ciertas creencias o determinadas apreciaciones que solían lucir los inscritos en las filas de los descreídos. Hay en su texto muchos nombres citados genéricamente o sólo mencionados y que tienen pertenencia a todos los géneros y escuelas, pero escasos autores que puedan aducir a favor de sus afirmaciones.

Las interpretaciones de Minelli no se conforman a la lógica ni a la historia ni a la hermeneútica, como tampoco se conforman a la propia naturaleza de los asuntos que trata. Así cuando desarrolla la visión general de la historia y efectúa una revista del aporte de las ciencias al desarrollo de la misma, el análisis de cada una de ellas conforma un conjunto de imprecisiones que es imposible analizar. La cronología es una ciencia, la filosofía es la ciencia de las ciencias y sin ciencias no hay historia; del derecho deriva la estadística y se anima a afirmar que con la literatura se podría explicar la historia universal. Indudablemente, Minelli no se hallaba dotado para desarrollar un curso como el que se propuso y el deficiente e impreciso conocimiento que demuestra, lejos de legitimar su presencia en la cátedra, lo desacredita desde su primera clase. El rector, que asiste a esa clase, no vuelve a

6. *Ibidem*, p. 9.

contarse entre los asistentes ni tampoco se dirigirá al gobierno solicitando la creación de la cátedra de Historia Universal como asignatura del plan de estudios.

### *Se edita la lección*

La clase inaugural, según la crónica periodística, reúne una "numerosa y escogida asistencia" entre la que se encuentra el rector doctor Juan María Gutiérrez, algunas personas de ciencia y muchos estudiantes".<sup>7</sup> El mismo cronista, al comentar aquella clase, considera que el docente ha realizado "un plan bien trazado y una demostración clara y completa, a grandes rasgos, de lo que es la historia, de su utilidad y de su relación con las demás ciencias".<sup>8</sup> Sorprende la falta de juicio crítico del periodista, pero no hay que olvidar que en los periódicos de la época, tales sueltos de noticias se hallaban a cargo de los más jóvenes, de los que recién se iniciaban en el oficio, por lo cual no es posible pedirle mayor imparcialidad y rigor crítico.

Lo cierto es que algunos estudiantes no parecen advertir las debilidades del profesor visitante y reclaman la publicación de la primera lección impartida. El autor no se hace rogar y promete hacerlo, cosa que cumple de inmediato, ya que el día 31 de enero se anuncia la venta del folleto "en la librería de Lucien".<sup>9</sup> El profesor Minelli promete continuar con su curso y durante algunas semanas se avisa en las páginas de *El Nacional* la continuidad del mismo. Podemos así anotar que Minelli dicta, fuera del discurso inaugural, algunas conferencias que versaban sobre aspectos particulares de la ciencia, pues registramos dos clases dedicadas a la antropología, una a la cosmografía y otra referida a la geografía y la estadística. De estas últimas se le pide, según las columnas periodísticas, que las publique, pero al parecer Minelli, si bien lo promete, no lo hace. Luego, no hay más noticias del curso, lo que hace suponer que el curso se clausura, probablemente por falta de interés del público.

7. *El Nacional*, Buenos Aires, 28 de enero de 1862.

8. *Ibidem*.

9. *La Tribuna*, Buenos Aires, 31 de enero de 1862.

Todas las fuentes revisadas confirman que Gustavo Minelli, en el sector de las personas ilustradas, no obtiene ninguna repercusión, aunque algunos han asistido a su primera clase, entre ellos el rector Juan María Gutiérrez. Se advierte esa situación dado que ninguna de las figuras más destacadas mantiene con Minelli correspondencia alguna, empezando por el mismo Rector de la Universidad y siguiendo por las más destacadas personalidades de la vida cultural de la ciudad, que en ningún momento hacen alusión a su persona ni a su actuación posterior. Ello debió ser así, ya que la estadía de Minelli en Buenos Aires es breve, apenas unos pocos meses y poco relevante su actuación ya que no deja rastros, fuera del curso que analizamos.

En las páginas del diario *La Tribuna* comenzó a publicar una *Revista Mensile per gli Italiani*, que no debe haber tenido repercusión ya que se suspendió poco después.<sup>10</sup> Se le atribuye haber editado un periódico titulado *L'Italia*, pero de muy corta vida, tras lo cual se traslada a Montevideo para perderse sus rastros.<sup>11</sup> La relación de Minelli con sus padres no debe haber sido muy frecuente ya que el 19 de mayo de 1862, Antonio Minelli le escribe desde Rovigo, en la región de Véneto, a Juan María Gutiérrez pidiendo noticias de su hijo Gustavo, de su posición y estado de salud, ya que la última carta recibida es del mes de diciembre. No consta la respuesta que le diera Gutiérrez.<sup>12</sup>

### *La filosofía y la teología de Minelli*

Desconocemos la formación que ha recibido Gustavo Minelli en su país natal, Italia, teniendo sólo para juzgarlo su lección inaugural impresa, pues los pocos trabajos localizados con su firma son escritos de circunstancia. Ateniéndonos a esa exposición podemos inferir que es Minelli un típico representante del pensamiento denominado liberal, según él mismo se identifica, y que demuestra una indudable pasión por el sistema político democrá-

10. La revista se publica en *La Tribuna* del 24 - 25 de marzo al 9 de mayo de 1862.

11. PETRIELLA, DIONISIO; SOSA MIATELLO, SARA, *Diccionario biográfico Italiano - Argentino*, Asociación Dante Alighieri, Buenos Aires, 1976, p. 459.

12. *Archivo del doctor Juan María Gutiérrez, Epistolario*, T. VII. Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1990.



tico, un sentido de la libertad sin límites y de la fraternidad, pero esa posición, también identificada con el sentimiento romántico a que se adscriben las generaciones jóvenes, no parece tener subyacente una concepción filosófica bien sedimentada. Su lenguaje es impreciso, carente de rigor, poco amigo de la lógica y por momentos altisonante, hueco, vaciado en un racionalismo inconsistente.

Su visión del hombre, a que antes hicimos alusión, carece de fundamento antropológico y es muy pobre. No admite para el hombre un fin trascendente ni le reconoce valores espirituales y religiosos que conformen su naturaleza. "Todo concluye en este mundo" —dice— haciendo gala de un nihilismo materialista. En general, todo su discurso se manifiesta favorable al materialismo y tiene del hombre y de la vida una concepción puramente naturalista. No adscribiéndose filosóficamente a una sola escuela de pensamiento, sus elucubraciones se pierden en ciertas contradicciones que demuestran la falta de coherencia en los principios. No es tampoco un creyente ni domina los principios del cristianismo y ello le hace caer en errores teológicos fundamentales, como negar la creación del hombre por Dios, la unidad de la familia humana, la redención por Cristo y los textos bíblicos como la Revelación, que rechaza como si no existiera. No parece ni siquiera mostrar un difuso deísmo, con lo cual se aproxima más bien al ateísmo. Al menos, no muestra una relativa sensibilidad religiosa, cualquiera sea su expresión.

Manifiesta Minelli adherirse a la denominada filosofía del progreso, que no es en él exactamente una filosofía, sino más bien un sentimiento, una actitud y un ideal cientificista, más que un cuerpo doctrinario bien sistematizado. Esa filosofía, pues así se la considera en aquellos años, parece evidenciarse, según Minelli, al concluir cada periodo de la historia y es consecuencia de los grandes procesos culturales. No escapan a esa evolución las religiones que, a su juicio, están sometidas a las leyes del progreso, ya que tienden a un perfeccionamiento constante.

Para Minelli el progreso constituye un proceso indefinido y necesario, una ley histórica de ese tiempo. Siendo así, nada la detiene pues se halla inscrita en la naturaleza misma de los hombres y las cosas. Hay, sin embargo, en las proposiciones de Minelli, los ecos de otra corriente que ha comenzado a entrar tímidamente en las riberas del Plata y que son los primeros ecos del evolucionismo: el mundo evoluciona inevitablemente hacia

formas de progreso y progresar es una manera de evolucionar de lo menos perfecto a lo más perfecto. Finalmente, Minelli representa una manera de pensar que es propia del racionalismo, probablemente vía Juan G. Herder y Edgard Quinet o, lo que es peor, de divulgadores de segunda mano. Es un racionalismo no deísta, casi materialista y con seguridad en ello radica el origen de su crítica despiadada al cristianismo y su obra en la historia. Por otro lado, la mayor parte del científicismo, del racionalismo y del naturalismo se manifiesta enemigo del cristianismo. Las verdades de la fe son resabios, no existen, pues las religiones son fruto de la imaginación, creación de razón. Su posición al respecto es tan radical que a diferencia de los racionalistas deístas no admite ni siquiera un papel moderador y moral del cristianismo como de las otras religiones.

### *El cuestionamiento de las ideas de Minelli*

El conjunto de ideas expuestas por Minelli no constituyen una novedad en la cultura de Buenos Aires, ya que ellas habían encontrado eco en muchas inteligencias, de modo que comenzaba a manifestarse como parte del bagaje intelectual e ideológico de los redactores jóvenes de los diarios e impresos periódicos de mayor circulación. De modo que, cuando Minelli desarrolla sus exposiciones en Buenos Aires, no anuncia un pensamiento totalmente nuevo, apareciendo más bien como un divulgador del credo racionalista en sus más elementales expresiones. No siendo un filósofo ni demostrando poseer una cultura vasta, sus exposiciones tienen el aspecto de lecciones elementales, retóricas y vulgares. Aduce así, como prueba de autoridad, ser un universitario, un profesor, un emigrado extranjero perteneciente al movimiento liberal italiano. No obstante lo elemental de sus ideas, Minelli ejerce en aquellos meses de 1862 en que se da a conocer en Buenos Aires, el papel de mentor de un grupo de estudiantes universitarios, si bien su aporte más que doctrinario es anímico y emotivo. Pero, si bien su contribución es reducida, tiene la condición de ser un estímulo a lo que se llama nueva corriente intelectual y que, entre sus principales objetivos, se encuentra la destrucción del tradicionalismo dominante todavía en la cultura transmitida. Importa, en consecuencia, conocer el grado de recepción que obtiene y la influencia que puede haber ejercido en los más jóvenes,

en los que pocos decenios después entrarán en la escena de la vida pública.

Es posible advertir que Minelli es escuchado con cierta complacencia por un grupo de jóvenes de la Universidad, si bien no se comprueba que los más maduros, los que están próximos a graduarse o lo han hecho ya, lo sigan con igual atención. Los hombres maduros, los que representan el pensamiento liberal y secularista cuya representación podría ejercer Juan María Gutiérrez, calla y seguramente observa. Gutiérrez, como se ha dicho, asiste a la primera exposición pero no a las otras y ello le basta para medir la calidad de Minelli, de modo que no sale en su defensa ni se pliega públicamente a sus ideas. Él se halla a otra altura y, si bien en años posteriores ha de dar muestras de aceptar el credo racionalista, por el momento lo tolera sin otorgarle su apoyo ni garantizarle al visitante permanencia en el cuerpo de profesores.

Lo que parece percibirse es que Minelli no obtiene un apoyo unánime ni una resonancia que vaya más allá de una cierta divulgación de ideas generales, pero sin alcanzar a demostrar que es dueño de una sólida posición doctrinaria, ni siquiera en Historia Universal, razón por la cual esa cátedra no se mantiene. Claro que su siembra, unida a la que otros realizan, con el tiempo, ha de conquistar a una buena proporción de los hombres jóvenes posteriores a Caseros, aunque sin alcanzar la virulencia que demuestra Minelli. En el breve lapso en que se desenvuelve en la Universidad de Buenos Aires, no son muchos los que se manifiestan públicamente a favor de sus ideas, pero los que lo hacen son representativos de la corriente racionalista ya asentada en las riberas del Plata. De igual manera, los que cuestionan tales ideas, son representativos de la corriente que cuestiona al racionalismo que ha comenzado a erosionar la cultura tradicional.

En las páginas de *El Nacional* se manifiesta la disidencia de alguien que firma con las iniciales F.A. ¿Es por casualidad Federico Aneriros, hombre joven del clero porteño y quizás uno de sus miembros más preparados y a la vez futuro arzobispo? No lo podemos afirmar, pero F.A. envía una nota para que se publique en la que, en un tono respetuoso, plantea lo que considera "graves errores e injustas apreciaciones".<sup>13</sup> El envío cuestiona, en térmi-

13. *El Nacional*, Buenos Aires, 11 de febrero de 1862.

nos generales, los errores de tipo histórico y los juicios que emite Minelli en descrédito de la Iglesia, pero sin entrar en el enjuiciamiento de la concepción filosófica que inspira al conferencista y que tan esencialmente ataca la concepción cristiana. Se trata de un comunicado extenso, redactado con altura, que el autor emite para señalar los errores al público que, como él, puede ser lector de la clase impresa que ha comenzado a circular.

El folleto que contiene la disertación de Minelli tiene circulación por el interior del país, lo que hace suponer que se amplía el radio de difusión del mismo. Así Gutiérrez se lo ha remitido a un ilustrado y medido hombre del clero de Entre Ríos, el presbítero Juan José Alvarez, hombre de mucha actuación pública. Este advierte de inmediato los desafortunados juicios sostenidos por el conferencista, pero no hace declaraciones públicas, no sale a polemizar en la prensa, contentándose con enviar una larga carta crítica del folleto a Gutiérrez, exponiendo lo que estima como errores históricos de aquel. Contrariamente a lo que puede pensarse, el presbítero Alvarez nada especifica sobre las ideas filosóficas y teológicas que consigna Minelli, mostrando que le han molestado las inexactitudes y el ánimo manifiesto por denigrar el papel de la Iglesia en la historia.<sup>14</sup> Alvarez remite una copia de esa carta al adalid católico Félix Frías.<sup>15</sup>

No le deben haber faltado a Gustavo Minelli amigos o simpaticantes que difundieran su conferencia, ya que sabemos que llegó hasta la lejana provincia de Tucumán, dando lugar allí a un debate periodístico en que el autor no intervino, pero sí lo hicieron personas de su amistad. La polémica tiene origen en una advertencia escrita por el Vicario Foráneo de esa provincia, presbítero del Corro.<sup>16</sup>

En Buenos Aires el diario *La Tribuna*, que ha sido y continuará siendo el principal divulgador del pensamiento vinculado al racionalismo, es un defensor de las ideas expuestas por Minelli y en sus páginas se encuentra un eco tibio de sus disertaciones. Se trata de algunos envíos anónimos, como lo es la *Solicitada* que

14. *Archivo General de la Nación*. Fondo Documental Biblioteca Nacional. S. VII, Leg. 692, Doc. 12171.

15. *Ibidem*.

16. *La Nación Argentina*, Buenos Aires, 26 de septiembre de 1862.

lleva por firma “Los discípulos del Dr. Minelli” y que en largas columnas repite un conjunto de vulgaridades sin fundamento intentando refutar los juicios de José Manuel Estrada y defender al profesor visitante. Ese aporte, quizás el más extenso de los publicados, carece de rigor científico y profundidad filosófica, constituyendo una prueba de la vulgaridad de los conceptos y de la retórica del discurso racionalista corriente en aquellos años. Sin embargo, a pesar de carecer de todo razonamiento lógico y pruebas científicas, ese modo de presentar la crítica a las ideas tradicionales irá haciendo su camino en el saber difuso de la cultura porteña reflejada en sus periódicos.

La única cita en tono ditirámico que aportan “los discípulos” es la de Edgard Quinet, quizás el mentor racionalista más divulgado y que pronto tendrá en Buenos Aires su difusor en la persona de Francisco Bilbao.<sup>17</sup> La posición racionalista que sustenta la retórica de la *Solicitada* es de corte naturalista y negadora de la revelación y la Biblia y como prueba basta esta cita: “a este punto deben dirigirse las miradas del señor Estrada y muy pronto quedará convencido de que son apócrifos la mayor parte de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y que los primeros pueden formar, sin duda alguna, el Evangelio de los bandidos, la historia sangrienta de un pueblo bárbaro, la fuente envenenada de la inquisición, la blasfemia más torpe contra la justicia divina”.<sup>18</sup> Todo el resto está redactado en parecidos términos con lo que es suficiente para mostrar la endeblez de la respuesta y la calidad de los defensores de las ideas de Minelli, lo que prueba que con tal maestro no podían ser mejores los discípulos.

Hemos intentado verificar si el pensamiento de Minelli adquiere influencia en las figuras más prominentes de esa época y al respecto hemos revisado los papeles privados éditos de los mismos, comprobando que Minelli no alcanza a conmover ni a ocupar la atención de los mismos. Los restantes impresos periódicos de circulación en momentos que Minelli desarrolla sus conferencias no registran notas ni comunicados de adhesión ni mu-

17. AUZA, NÉSTOR TOMÁS, *Cristianismo y democracia. Un debate teológico-político a mediados del siglo XIX*, en *Teología*, Revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, Nro. 64, Buenos Aires, 1994.

18. *La Tribuna*, Buenos Aires, 12 de junio de 1862.

cho menos artículos que lo favorezcan. También es cierto que tampoco critican sus ideas y ese silencio es una manera de conceder aquiescencia. No obstante, ello no impide admitir que las ideas generales de Minelli, a pesar de los errores históricos y las interpretaciones sin fundamento que muestran, no hayan encontrado quien las acogiera como verdades indudables, ya que el clima cultural le era favorable.

### *La refutación de José Manuel Estrada*

Sin embargo, en el escaso eco público que las formulaciones de Minelli producen, ninguno tan terminante, tan fundado y reflexivo como el cuestionamiento formulado por José Manuel Estrada, que es tan sólo a la sazón un joven que tiene diecinueve años cumplidos. Si Minelli es joven, no lo es sin duda tanto como Estrada, que debe ser diez o quince años menor. ¿Es posible que un joven que apenas lleva unos años escribiendo en el periodismo sueltos literarios y algunos trabajos de orientación más bien religiosos, pueda salirle al paso al profesor visitante y hacerlo guardar silencio para siempre? Lo es, como se verá, debido a que se trata de una figura muy singular dotada de una rara formación filosófica, de vastas lecturas, de una inteligencia superior, a la vez que animado por un celo religioso poco frecuente que lo impulsa a encontrar respuestas a los grandes interrogantes del hombre. Esa curiosidad, ordenada y disciplinada por un rigor metodológico de estudios, tiene el raro mérito de dar por resultado una mente privilegiada, adornada de un manejo ágil y rico del lenguaje.

Indudablemente, entre los escritos del joven Estrada, la respuesta ofrecida a Minelli, no obstante los méritos que posee por el buen dominio de los temas que expone, deja entrever que todavía se trata de un temperamento juvenil, con un aire romántico bien marcado que hace volar la imaginación y que por momentos le hace perder rigor a la exposición y entrar en el terreno de lo literario y aun de lo declamatorio. Sin embargo, Estrada pone en evidencia una solvencia en el tratamiento de los temas que no concuerda con su edad. No falta tampoco el afán por demostrar todo lo que ha leído, los autores que ha consultado, el saber que posee. No hay en ello orgullo, sino más bien la suma de factores que se conjugan en un escritor que se inicia, pero a la vez que se mueve con soltura y sin ofrecer flancos al contrincante.

Estrada sale a rebatir a Minelli por dos razones que no oculta; la primera es el conjunto de errores que contra la fe revelada ofrece Minelli y la segunda, el no menos evidente conjunto de falsedades y errores que demuestra sostener en el campo de las ciencias. Ello explica que Estrada salga al ruedo moviéndose en dos áreas del saber elegidas por Minelli y que, a su juicio, no se contradicen y por el contrario se confirman mutuamente, como lo son el de la teología y el aporte que le ofrecen los avances de las ciencias. Su método, entonces, es plantear el debate en el mismo terreno elegido por Minelli, desarrollando primeramente el tema según los términos de la revelación manifestada en las páginas de la Biblia y luego recurriendo al aporte de las ciencias para traer en apoyo de aquella los estudios realizados en el orden científico, con independencia de la teología.

Esto obliga a Estrada a elegir los temas que sale a rebatir pues no puede hacerlo con todos, para lo cual se ve obligado a olvidar momentáneamente los que pueden considerarse errores de interpretación histórica. Dado el fuerte interés que anima a Estrada en salir en defensa de las verdades reveladas que han sido desconocidas y atacadas, no duda en abandonar en un primer momento, los desaciertos de Minelli en el campo de la historia. En cierta manera, Estrada asume el papel de un apologista de su fe, aunque esa condición no es exclusiva ni dominante. Le preocupa que las ideas expuestas por Minelli tengan acogida en los hombres jóvenes de su generación, perviertan su inteligencia y debiliten su fe religiosa, pero también le disgusta la ligereza con que el autor enfoca cuestiones delicadas sin el apoyo de la ciencia. Su esfuerzo en la disputa consistirá, entonces, en demostrar que las máximas autoridades en diversos campos, se encuentran de su lado.

Para juzgar el valor de la respuesta de Estrada es preciso conocer algunos detalles que preceden a su escrito, además de la edad ya indicada. Minelli hace su exposición inicial el 27 de enero de 1862 y su primera y segunda clase en la primera quincena de febrero. Estrada asiste a la clase inaugural y luego tiene oportunidad de leerla en el folleto que se difunde y al cual ya hicimos referencia, pero las dos siguientes clases no se imprimen, de modo que debe rebatirlas apelando a su memoria. El mérito mayor de Estrada no se encuentra en esa circunstancia, sino en el hecho que lo hace con una rapidez que sorprende, así como por la

calidad del escrito y su extensión. Efectivamente, Estrada comienza a publicar la respuesta en las páginas del diario *La Tribuna* con el título *El génesis de nuestra raza. Al profesor de Historia Universal, Dr. Gustavo Minelli*, apareciendo la primera entrega el día 25 de mayo y se extiende en entregas sucesivas hasta el 8 de junio.

La exposición de Estrada obtiene así, una difusión mucho mayor que el propio texto de las conferencias de Gustavo Minelli y lo que llama más la atención, es que se publiquen en el mismo diario que ha demostrado cierta simpatía por las tesis de Minelli, lo cual ofrece una idea de la amplitud intelectual de la dirección del mismo. No obstante esa amplia difusión periodística, Estrada decide reunir aquellas páginas y las hace reimprimir en forma de libro, en los talleres de La Bolsa. Esa reedición se hace de inmediato alcanzando a formar un volumen de ochenta y dos páginas, con fecha de edición en ese mismo año.<sup>19</sup>

El conjunto de ideas expuestas por Minelli son consideradas perjudiciales por su posición escéptica y por su filosofía de base racionalista y materialista que, si no es atea, es difusamente deísta. “Por eso —dice— es perjudicial vuestra enseñanza y por eso quiero refutar vuestras teorías sobre el punto fundamental que va a ocuparnos” y agrega: “reduzco vuestro discurso a tres puntos esenciales: la creación en general, el hombre, el diluvio y me propongo demostrar hasta la evidencia con la historia, la filosofía y las creencias, lo absurdo de vuestras teorías”.<sup>20</sup> Después de escuchar dos o tres exposiciones de Minelli, la opinión que se forma Estrada es la siguiente: “opiné con vos, que no sois por cierto el más competente para tan delicado ministerio”.<sup>21</sup>

Cada uno de los tres puntos enunciados dan lugar a los tres capítulos de la refutación. Su exposición es directa: “habéis pasado por todos los grados del error filosófico y hoy estáis en el escepticismo”, le dice, para agregar “nada sabéis ni nada creéis; vos

19. ESTRADA, JOSÉ MANUEL, *El génesis de nuestra raza. Refutación de una lección del Dr. D. Gustavo Minelli sobre la misma materia*, Imprenta La Bolsa, Buenos Aires, 1862, 82 pp. En las *Obras Completas* de Estrada, se incluye en el vol. I, pp. 1-109, Librería del Colegio, Pedro Igón y Cía., Buenos Aires, 1899. Para este trabajo hemos utilizado la edición de 1862.

20. *Ibidem*, p. 5.

21. *Ibidem*, p. 4.



mismo lo confesáis así, cuando deducís en vuestro discurso consecuencias puramente negativas".<sup>22</sup> Descubre que Minelli sólo se refiere a consecuencias y derivaciones, pero nada dice de las causas que las provocan y ello le permite entrar a demostrar la causa primera, Dios, de donde arranca lo creado y la vida del hombre y explorar que la revelación es confirmada por antiguas religiones o las explicaciones dadas por filósofos de la antigüedad así como por el aporte de las ciencias de su época. Para Estrada, lo fundamental es el hombre, obra de Dios.

Es entonces cuando recurre Estrada al auxilio de los aportes científicos, citando en su apoyo a Cuvier, Brogniart, Marcelo de Serres, Humbolt, Champollión, entre otros, para afirmar que todos, en forma diversa, no han hecho más que confirmar lo expresado por la Biblia en cuanto a la creación. "He querido exponer—concluye Estrada— íntegro el dogma de la creación, antes de entrar a discutir los groseros errores en que incurris, al tratar del origen de la humanidad."<sup>23</sup>

Respecto al génesis de nuestra raza, Estrada describe lo que denomina dos errores de Minelli, que son la negación de la unidad de la raza y la negación de la creación directa. El punto de partida que asienta es que la raza humana, con todas sus variaciones accidentales, es esencialmente una y para ello recurre a las explicaciones dadas por las ciencias de la lingüística y la etnografía. Estrada trae a su favor los nombres de diecinueve autores y a partir de la autoridad que ellos representan, sostiene que existe una alianza entre la ciencia y la teología, demostrando que las grandes familias de idiomas más los dialectos, tienen entre sí puntos de afinidad que demuestran no ser sino derivaciones de un tronco común extendido. "La palabra del hombre ha probado la palabra de Dios".<sup>24</sup>

Deja la lingüística y la etnografía y entra en el análisis de la historia natural del universo, para concluir en lo mismo: "Ved ahí, doctor Minelli, la unidad del género humano demostrada por la historia natural del modo más evidente y confirmando las palabras de Moisés hasta donde puede alcanzarse".<sup>25</sup> Este tema

22. *Ibidem*, p. 9.

23. *Ibidem*, p. 23.

24. *Ibidem*, p. 28.

25. *Ibidem*, p. 32.

despierta en el joven Estrada páginas líricas llenas de inspiración para contar que sólo existe una familia humana única que ha sido redimida por Jesucristo. "Sí, doctor Minelli —afirma— el paganismo se había limitado a la exposición de fábulas groseras como la de Saturno con sus fiestas escandalosas; era necesario que la teología cristiana restaurara la verdad, enseñando la Biblia y mostrando a la humanidad como una sola familia engendrada en Adán y reengendada en Jesucristo".<sup>26</sup>

El manejo de tantas fuentes, la soltura en el tratamiento de las cuestiones, el cotejo constante entre las expresiones de la Biblia y los aportes de las ciencias hacen suponer, a quien no supiera la edad del autor, que se encuentra ante una personalidad madura, no obstante el tono juvenil de la redacción. Ello prueba que, si bien tenía pocos años, los había aprovechado muy bien y que poseía una mente organizada y un pensamiento coherente y bien estructurado. Después de leer a Minelli se comprueba que Estrada le lleva una distancia considerable, sin punto de comparación. No hay retórica, como en Minelli, ni tampoco balbuceos, por más que siguiera a autores consagrados y lo suyo fuera sólo una buena cosecha de lecturas bien realizadas. Si eso pudo ser, es indudable que esa maestría se asienta en una mente reflexiva, ordenada, capaz de abarcar un amplio horizonte temático.

Con lógica rigurosa encierra en silogismos de hierro las expresiones de Minelli, demostrando las falacias de los mismos, las contradicciones en que incurre, la ambivalencia en que se mueve. Pero en ningún momento, una palabra de ofensa, una expresión hiriente, un tono de sorna. Hay respeto y consideración por el contrincante. Su pensamiento transita por regiones en que sólo se debaten ideas, quedando a salvo la persona a quien se dirige.

El doctor Gustavo Minelli ha afirmado con soltura que el diluvio universal no sucedió por ser imposible que ocurriera y Estrada le dedica un capítulo a refutarlo, siendo esa la parte de su texto en que el autor demuestra encontrarse más cómodo y con un esmerado ordenamiento de las pruebas. "No me empeñaré en demostrar lo contrario —dice Estrada—; ni lo necesito, ni puedo. Cuando se trata no de un suceso natural y constantemente posi-

26. *Ibidem*, p. 35.

ble, sino de un hecho que tiene lugar, a merced de la suspensión o de la derogación de las leyes naturales, cuando se trata de un milagro, no es racional doctor Minelli, buscar su posibilidad en esas mismas leyes alteradas o derogadas". Luego de otras consideraciones agrega: "Os demostraré que nuestro globo ha sufrido, en una época reciente, una grande y súbita evolución que cambió en gran parte su naturaleza y extinguió toda la vida animal, excepto los gérmenes salvados por Noé de orden de Dios, en el arca que descansó sobre la cumbre del Monte Ararat".<sup>27</sup>

Para hacer las verificaciones necesarias, Estrada abandona la Biblia y recurre a las investigaciones realizadas por la ciencia, comprobando que los aportes de las mismas no hacen más que confirmar la alteración sufrida por la tierra a causa del diluvio. Empieza por demostrar la existencia en todas las culturas de una tradición heredada que recuerda esa evolución terrible que cambia la faz de la tierra. Los chinos, los asirios, los fenicios, los persas, los mexicanos, los araucanos, entre otros, confirman esa tradición, pero como le parece insuficiente recurre a las pruebas que le ofrece la arqueología, concluyendo que todos los restos por esta trabajados prueban que pueblos diversos dan testimonio de la presencia del diluvio. La geología no es olvidada por Estrada, quien advierte sobre las señales inequívocas que esta ciencia aporta, en especial en la explicación de las huellas dejadas, en los grandes depósitos, en los terrenos de aluvión, en las extensiones de arena, en las enormes moles errantes en espacios sin montaña. Su conclusión es: "He ahí doctor Minelli, los testimonios del mundo entero apoyando las verdades sostenidas por la Biblia, desde Moisés hasta nuestros días".<sup>28</sup> Negar el diluvio no es propio de una mente ilustrada, según Estrada, y constituye "un desafuero histórico y un error filosófico", ya que su acción en el mundo es de tal magnitud que debía dejar, como lo hizo, inequívocas señales en la tierra. "Concretando, doctor, tenemos la verdad del diluvio universal sostenido por la Historia, conservada por la tradición, enseñada por los dogmas de todas las Teogonías y demostrada finalmente por las ciencias modernas".<sup>29</sup>

27. *Ibidem*, p. 51.

28. *Ibidem*, p. 56.

29. *Ibidem*, p. 66.

La refutación de los errores cometidos por Minelli parece concluyente, al menos en los tres puntos principales que Estrada se ha propuesto, pero avanza, sin embargo, en el último capítulo, en otro terreno que el expositor italiano ha mencionado: la teocracia como forma de gobierno. En este caso no es para defenderla, sino por el contrario, negarla. “Huyo de la sociedad atea de Maquiavello y de Rousseaux, pero tampoco quiero teocracia que confunde la misión del sacerdote con las funciones del magistrado”.<sup>30</sup> Pasa revista a los errores de todas las teocracias que se han dado en la historia, así como demuestra los desaciertos de Minelli en llamar teocracias a las que no han sido.

El tema de la teocracia le permite a Estrada desenvolver lo que podríamos llamar su credo filosófico en torno a la relación Iglesia - mundo, Iglesia - poder. Su tono se eleva y más que una exposición tiene algo de cántico visionario sobre su perspectiva del mundo. No quiere una Iglesia que ejerza el gobierno ni quiere gobiernos que se desliguen de sus deberes espirituales, a la vez que su visión de la historia universal se asemeja a la que expusiera Bossuet en el *Discurso sobre la historia universal*.

Estrada concluye su exposición confesando que se ha extendido más de lo que deseaba y lo hace repitiendo lo ya expresado: “no quiero una política atea, ni quiero una política mística; quiero una política moral y moral por la verdad religiosa”.<sup>31</sup> Si Minelli ha negado la Biblia, Estrada le presta adhesión: “nos inspiramos—dirá— en la Biblia, único código verdadero que nos guiará a través de las revoluciones; única clave que nos hará descifrar todos los enigmas de los siglos”.

### **Conclusiones**

La extensión del curso de Gustavo Minelli es de cinco o seis clases y no sabemos si la clausura del mismo es fruto del agotamiento del temario o del reducido interés despertado. Los avisos que se publican en el periodismo invitando a sus exposiciones dejan en claro que después de la clase inaugural, el público ilustrado que lo acompaña en aquella noche, parece no hacerlo en lo su-

30. *Ibidem*, p. 70.

31. *Ibidem*, p. 80.

cesivo, permaneciendo sólo los alumnos de la Universidad pero, a juzgar por las crónicas, en número no muy elevado.

La respuesta pública de José Manuel Estrada, que comienza a publicarse a partir del mes de mayo, tiene indudable repercusión en ese reducido círculo de interesados en la cultura y debe haber producido un efecto considerable en el conferencista. Ello es deducible desde que no muestra energías para salirle al paso a sostener las ideas expuestas y ofrecer un saber superior al demostrado en las clases. Ese silencio es revelador de la debilidad doctrinaria de Minelli, evidenciando que nada más puede agregar a lo que tiene expresado. Tampoco encuentra quién salga en su defensa con autoridad y saber, quedando irremediadamente solo y vencido. El golpe es tan fuerte que Minelli no sólo guarda silencio respecto de Estrada, sino que tampoco hace uso de otra tribuna ni contribuye con posterioridad en el periodismo, con temas que abarquen los asuntos del curso. No es indudable que la escasa repercusión de su curso por un lado y la pública refutación planteada por Estrada por otro, haya contribuido a que Minelli no retornara a la docencia y, más aún, se llamara a silencio y no volviera a asumir el papel de defensor del progreso indefinido, cuestionador del papel histórico de la Iglesia y divulgador del pensamiento racionalista, asuntos estos en los que con tan mala fortuna intenta ensayarse.

Por su parte, José Manuel Estrada, en esta refutación a Minelli se ensaya como escritor, siendo ese escrito el primer trabajo de más cuerpo y aliento que edita antes de cumplir los veinte años. Ello le otorga una consideración especial entre los hombres públicos de su época, pues pocos, aun entre los de mayor edad y mejores títulos, se hallan en condiciones, en pocas semanas, de escribir un trabajo semejante.

Las exposiciones de Minelli y el ensayo de refutación de Estrada constituyen dos episodios que reflejan el entrecruzamiento de corrientes intelectuales en la Argentina de aquellos años y que alcanza su primera y más resonante expresión en la ciudad de Buenos Aires, puerta de entrada mayor de todas ellas. Minelli representa sólo una muestra del modo en que, en forma gradual, las primeras expresiones del naturalismo, el racionalismo, el materialismo y el evolucionismo se manifiestan. No se trata de sedudos aportes que alcancen la hegemonía de las inteligencias por la robustez de su contenido, pero sí de avances que tienen el mé-

rito de abrir las primeras brechas y romper el modo de pensar heredado.

Estrada, por su parte, representa dos cosas que se dan generalmente juntas, si bien podían no estarlo. La primera es la defensa de los principios filosóficos y teológicos católicos, a los que se adscribe con sinceridad de corazón y pleno conocimiento de sus verdades. En este terreno demuestra no ser sólo un creyente para presentarse como un defensor, si se quiere un apologista ilustrado y reflexivo, sin que los sentimientos obnubilen su inteligencia. En segundo término, su cultura, su formación filosófica corresponden al pensamiento tradicional derivado del antiguo tomitismo, que es, por otra parte, la filosofía dentro de la cual se desenvuelve la explicación y demostración de las verdades reveladas. Sin embargo, Estrada no tiene una pertenencia exclusiva y cerrada a esa filosofía, ya que su curiosidad lo ha llevado a lecturas de autores modernos, entre los cuales se destacan los españoles y los franceses. Conoce muy bien a quien rinde tributo de homenaje en las páginas finales del *Génesis de nuestra raza*, Jaime Balmes, pero tiene la particularidad de no haberse quedado sólo en él. Sus lecturas se han ampliado a los campos de los últimos aportes derivados de las ciencias, todo lo cual hace que sea un representante lúcido y bien formado de una cultura que no quiere quedarse en el pasado, pero tampoco admitir sin discriminar, todo lo nuevo que se viene generando en el mundo europeo.

Mientras las ideas de Minelli representan, en pequeña escala es cierto, una ruptura con el pasado y un modo distinto de pensar y entender el hombre y el mundo, Estrada le sale al paso para mostrar lo endeble e infundado de esa posición intelectual y lo perturbador de tales ideas y, por lo mismo, afirmando lo valioso de la herencia recibida y lo conciliable de la misma con la modernidad. El suyo es un esfuerzo de conciliador, pero lo es también de afirmación para demostrar que es posible adscribirse a la fe religiosa, aceptar la revelación, admitir a Cristo como Salvador y Redentor y, a la vez, lograr la felicidad terrena, hacer del hombre un ser libre, vivir una democracia, practicar la fraternidad.

El tema político, los hombres viviendo en sociedad, es el que preocupa a este joven escritor, pero con la comprensión de que lo político envuelve, en el fondo inevitablemente siempre, una cuestión teológica. Por ello repite: "Eduquemos los pueblos en la fe, doctor Minelli, dejémosles la conciencia de su altísimo origen, de

su fraternidad originaria, de la naturaleza de su espíritu y la inmortalidad de su alma; dejémosle temer la justicia de un Dios que produce diluvios y a la luz de esas verdades, los veremos levantarse gigantes y habremos comprendido la teoría del mundo político, que se encierra en los secretos y en los misterios del mundo moral". Para él hay un solo punto vital, la revelación, la Biblia, única clave que nos hará descifrar todos los enigmas de los siglos.<sup>32</sup>

Minelli y Estrada simbolizan las dos líneas en pugna por formar la conciencia nacional en la etapa de grandes cambios que se inician en la segunda mitad del siglo XIX. Entender ambas corrientes opuestas es comprender el debate en la formación de la Argentina moderna que se plasma en esos cincuenta años.

*Néstor Tomás Auza*

32. *Ibidem*, p. 80.